

TEMAS TABÚ: ANCIANIDAD, ENFERMEDAD, MUERTE

IV Conferencia Cuaresmal, 14 de marzo de 2003

S.I. CATEDRAL DE JEREZ

Dice el Cardenal Van Thuan que “en la cultura budista, en Asia, se habla de cuatro etapas de la vida humana: nacimiento, ancianidad, enfermedad y muerte. En cada una de ellas hay sufrimiento”.¹ Sin embargo, el occidente actual, se ha quedado anclado en el complejo de “juventud”, de tal manera que aquí nadie quiere ser viejo, ni tan siquiera parecer viejo. La enfermedad es vivida dentro de la confianza más absoluta en la medicalización y en el progreso de las ciencias médicas. La muerte es reducida a un episodio, a un hecho biológico, con una mentalidad de ocultamiento y un sentimiento de que los que se mueren son “los otros”. Pudiéramos decir que en nuestra sociedad parece existir un gran complot social para escamotear todo lo que sea prueba, sufrimiento, dolor, como consecuencia de la entronización social que se ha hecho del placer y de lo placentero. Por ello, la ancianidad, la enfermedad y la muerte son una amenaza, un “atentado” al deleite existencial de moda. Se olvida aquello que decía San Agustín: “Nuestra vida en este viaje de aquí abajo no puede estar sin pruebas, nuestro progreso no se realiza más que entre pruebas y nadie se conoce a sí mismo si no ha sido tentado”.² Así que la gran prueba de la vida es saber envejecer con alegría, pasar por el túnel de la enfermedad con esperanza y fortaleza y prepararnos para una buena muerte como acto supremo de amor. En definitiva, para el cristiano, cuya vocación es el amor, cualquier momento de la vida, sea doloroso o alegre, se ha de vivir en el amor y como amor.

I.- LA ANCIANIDAD, EL OTOÑO DE LA VIDA.

El año pasado tuvo lugar en Madrid la II Asamblea Mundial del Envejecimiento. Las cifras indican que, al día de hoy, existen unos 600 millones de personas con más de 60 años de edad. Dentro de cincuenta años serán dos mil millones y, en su mayoría, vivirán en los países más pobres. Esta realidad humana exige nuevos proyectos de sociedad, así como un replanteamiento de las relaciones entre las generaciones.

En África se dice que cuando muere un anciano “*ha desaparecido una biblioteca*”. Los ancianos son allí los custodios de la memoria colectiva. En cambio, la sociedad del bienestar se encuentra dominada por el síndrome de lo “eternamente joven”. Todo esto es una manifestación más de la grave crisis espiritual que padecemos, que tiene su expresión en la cultura de la mentira, uno de cuyos objetivos es enmascarar lo caduco, el sufrimiento y la muerte.

¿Qué es la vejez? A veces se habla de ella como el *otoño de la vida* - como decía Cicerón-. La ancianidad se presenta como un “tiempo favorable” para la culminación de la existencia humana y forma parte del proyecto divino sobre cada hombre o mujer.

¹ F. X. NGUYEN VAN THUAN, *Testigos de esperanza*, (Madrid 2000) 221.

² SAN AGUSTÍN, *Comentario sobre el Salmo 60*.

Es el momento para alcanzar la “sabiduría del corazón”. Es la etapa definitiva de la madurez humana y, a la vez, es expresión de la bendición divina. Descubrir esto es haber aprendido a envejecer, cosa que, por una parte, no es fácil y, por otra, no se cultiva con frecuencia en nuestro ambiente social y familiar. Es más, diríamos que la vejez es un contravalor en nuestra sociedad. Los ancianos son, en ocasiones, una carga, un estorbo o, a lo más una paga que ayuda a la economía de la casa. De ahí que constatemos el creciente número de ancianos desamparados. Por eso, la Iglesia Católica, hoy como ayer, trata de ayudarles en todos los aspectos. Prueba de ello son los 13.238 centros de asistencia para ancianos que tiene en todo el mundo.

Dios siempre ha mostrado una consideración especial con las personas de edad avanzada, como puede verse en los casos de Abraham, Sara, Moisés, Tobías, Eleazar, Isabel y Zacarías, Simeón o Ana. Juan Pablo II dirigió en su día una preciosa “*Carta a los ancianos*” para reivindicar la valoración y dignidad de las personas mayores, como testigos de una época y depositarios de la memoria colectiva. Comienza diciendo: “He sentido el deseo, siendo yo también anciano, de ponerme en diálogo con vosotros. Lo hago, ante todo, dando gracias a Dios (...) A Él me dirijo con el Salmista: “*Dios mío, me has instruido desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas. Ahora, en la vejez y las canas, no me abandones, Dios mío*”.³ El Papa, como cualquier ser humano, reconoce en el “otoño” de su existencia todos los dones que ha recibido del Señor, a la vez que implora -también en esta etapa de su vida- que no le falte la ayuda de la Divina Providencia. Ya no es el Papa deportista y las fuerzas físicas flaquean, pero, una vez más, Karol Wojtyła nos sorprende por su profunda fe y delicada humanidad.

Ante este fenómeno relevante del siglo XXI es necesario crear una nueva mentalidad de cariño y respeto a nuestros mayores. En primer lugar, hace falta considerar al anciano en su dignidad de persona. Luego hay que procurarle una inserción efectiva en el entramado social. Finalmente, no se trata de organizar actividades de ocio para la tercera edad, sino de procurarles una asistencia rica en humanidad e impregnada de amor. A ellos, a pesar de sus achaques y soledades, Dios les sigue amando y no los abandona aunque los suyos estén lejos. Por eso, la Iglesia de hoy tiene que hacer mucho más patente el mandamiento del amor con los ancianos como alternativa a nuestra sociedad deshumanizada. Así que tanto las nuevas generaciones como la misma comunidad cristiana han de seguir los pasos que nos traza Juan Pablo II cuando nos dice: “Mientras hablo de los ancianos, no puedo dejar de dirigirme también a los jóvenes para invitarlos a estar a su lado. Os exhorto, querido jóvenes, a hacerlo con amor y generosidad... La comunidad cristiana puede recibir mucho de la serena presencia de quienes son de edad avanzada... La Iglesia aún os necesita. Ella aprecia los servicios que podéis seguir prestando en múltiples campos de apostolado, cuenta con vuestra oración constante, espera vuestros consejos, fruto de la experiencia, y se enriquece del testimonio evangélico que dais día tras día”.⁴

³ JUAN PABLO II, *Carta a los Ancianos* (Roma 1999) nº 1.

⁴ JUAN PABLO II, *Carta a los ancianos*, nnº 12-13.

II.- EL VALOR REDENTOR DEL SUFRIMIENTO Y DE LA ENFERMEDAD.

Nadie se libra del sufrimiento. Lo vemos en nuestro universo cultural, que va desde los griegos -donde se le ve sin esperanza- hasta en las mismas letras de las canciones más de moda en la actualidad -donde se canta al dolor que produce el amor perdido. Pero, además, el sufrimiento tiene muchas caras, desde el dolor físico de los enfermos hasta el dolor moral de la soledad, de la incomprensión o de la calumnia. También alcanza a todas las clases sociales porque incluso los ricos lloran. El progreso de la medicina ha hecho mejorar la esperanza de vida originando un alejamiento de la muerte de la vida cotidiana. Sin embargo estos adelantos no resuelven los interrogantes del por qué el sufrimiento y la muerte.

Esta afirmación universal del problema no significa caer en el pesimismo, sino constatar un hecho diario en la vida de cualquiera de nosotros. Sería exagerado afirmar que todo es dolor en esta vida, porque ¿dónde queda la alegría? El deseo y el ansia de vida son algo positivo y fuente de felicidad para el hombre. Dice Juan Pablo II que “el cristianismo proclama el esencial bien de la existencia y el bien de lo que existe, profesa la bondad del Creador y proclama el bien de las criaturas. El hombre sufre a causa del mal, que es una cierta falta, limitación o distorsión del bien... Pero para poder percibir la verdadera respuesta al “por qué” del sufrimiento tenemos que volver nuestra mirada a la revelación del amor divino, fuente última del sentido de todo lo existente. El amor es también la fuente más rica sobre el sentido del sufrimiento, que es siempre un misterio; somos conscientes de la insuficiencia e inadecuación de nuestras explicaciones”.⁵

Desde la fe en Cristo Crucificado podemos dar verdadera respuesta al problema. El cristianismo no ofrece una teoría sobre el sufrimiento, sino que nos presenta a una persona concreta, Jesús, en la cual Dios ha demostrado querer actuar especialmente por medio del sufrimiento, manifestando su fuerza en la debilidad de la carne humana.⁶ Por ello, muchos testigos cristianos como Saulo de Tarso dirán: "*Nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabedores que la tribulación produce paciencia; la paciencia, una virtud probada, y la virtud probada, la esperanza. Y la esperanza no quedará confundida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones*" (Rom 5,3-5).

La cruz se convierte en escuela de humanismo solidario, porque en ella se aprende el sentido del sufrimiento. Así, en contraste con otras tradiciones culturales y religiosas que creen que la existencia humana es un mal del cual hay que liberarse, las Bienaventuranzas del Evangelio son la proclamación del optimismo de la realidad de la vida del hombre llevado hasta sus últimas consecuencias mediante el mandamiento del amor: “Venid benditos de mi Padre... porque tuve hambre y me disteis de comer...; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme...”(Mt 25, 31-46) ¡He aquí un examen, cuyo temario y resultado final sabemos! Por ello, dirá San Juan de la Cruz que

⁵ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Salvifici doloris*, nn° 7.13.

⁶ Cf. *Ibidem*, n° 23

“al atardecer de la vida, seremos juzgado en el amor”. De esta forma el amor cristiano es lo que da valor y sentido a nuestra existencia cuando la enfermedad pone en entredicho la integridad del cuerpo, cuando el sufrimiento entristece el ánimo, porque en nosotros hay una vida que no está condicionada por el estado físico o anímico, sino por la fuerza del amor que habita en nosotros por la inserción en el Misterio Pascual mediante el Bautismo. Tal es así que Juan Pablo II ha recordado en el Jubileo de los Enfermos: “El dolor y la enfermedad forman parte del misterio del hombre en la tierra. La ‘clave’ del designio de Dios está constituida por la Cruz de Cristo... Quien la sabe acoger en su vida experimenta que el dolor iluminado por la fe es fuente de esperanza y de salvación”.⁷ Se comprende pues, que Jesús dijera en el Sermón de la Montaña: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados", porque situados en la cruz como “otros cristos” experimentaremos la glorificación de Dios que nos ha creado y redimido para la vida y no para la muerte.

III.- LA MUERTE, ACTO SUPREMO DE AMOR.

La muerte es lo más serio de la vida. Es la gran verdad de la vida. Es la prueba más grande de todas, la definitiva: el cenit de nuestra existencia, el último ofrecimiento que podemos hacer a Dios aquí en la tierra. Todas las civilizaciones, no sólo a través de sus filósofos, sino también en los hombres corrientes, han tenido que afrontar esta experiencia del fin de la existencia y plantearse el problema del sentido de la vida y la inmortalidad. En todas las épocas los hombres han querido saber si la muerte será el término definitivo de su vida o si hay algo que sobrepasa la muerte. Tratar el tema de la muerte es, en realidad, abordar el tema del sentido de la vida, es decir, reconocer hacia dónde se dirige la vida del hombre y si hay motivos de esperanza para él.⁸

Sin embargo, nuestra cultura moderna no sabe cómo integrar la muerte en su concepción de la vida. Se ha llegado a decir, y con fundamento, que nuestra cultura, después de haber superado el tabú del sexo, ha quedado atrapada por otro tabú: el de la muerte. Dado que no hay más remedio, pasemos por ese trance de un modo rápido y expeditivo, casi sin enterarnos, con el mínimo de dolor y sin complicaciones. Es todo un gran complot social para escamotear o secuestrar a las personas su propia muerte, lo que ha llevado a deshumanizar el proceso del morir, originando que la perspectiva de la muerte cree en muchas personas una inmensa angustia que dificulta extraordinariamente la relación con el enfermo terminal. Además, ante la evidencia de los restos mortales y no pudiendo suprimirla, se transforma en simulacro, en imagen y en objeto comercial.⁹

⁷ JUAN PABLO II, *Homilía con ocasión del Jubileo de los Enfermos*, (11-2-2000).

⁸ J. DEL RÍO MARTÍN, *La muerte: destino humano y esperanza de vida*, Boletín del Obispado de Asidonia-Jerez, 7 (2002) 490.

⁹ M. PETRINI, *Accanto al morente*, (Milano 1990) 23.

A la luz de lo dicho se abre para la Iglesia un reto importante: educar a los cristianos para vivir una buena muerte, confiando en Dios y en la asistencia de sus hermanos y de esta forma poder iluminar al hombre de hoy el misterio de la muerte, ya que, como afirma Bordoni: “los cristianos sabemos que una buena respuesta al miedo a la muerte puede venir sólo si la muerte es vivida en una perspectiva de fe que pueda iluminar el rostro ambiguo de ese misterio oscuro. La fe en el Dios Salvador da una luz de esperanza a la criatura humana, frágil ante el sufrimiento y la muerte”.¹⁰

Jesús aparece como el gran médico, el "buen sanador" que diría San Agustín. Sin embargo, ¿por qué entonces tienen que enfermar tantos hombres después de él y por qué tienen que morir todos? ¿Quiere Dios la muerte? Si nada ha cambiado en el mundo, ¿para qué vino Cristo? A estos interrogantes responde Juan Pablo II: "*Ciertamente el dolor y la muerte desconciertan al espíritu humano y siguen siendo un enigma para aquéllos que no creen en Dios, pero por la fe sabemos que serán vencidos, que la victoria se ha logrado ya en la muerte y resurrección de Jesucristo, nuestro redentor*".¹¹ Jesús se designa a sí mismo como "la vida" (Jn 11,25) y esta vida debe expandir sus energías para vivificar lo muerto y mejorar al enfermo. Pensemos en aquellas iluminadoras palabras suyas: "*El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. Y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre*" (Jn 11,26). Lo que el hombre verdaderamente debe temer es la muerte eterna, aquélla que es provocada por la rebeldía de los hombres contra Dios. Solamente en la esperanza de Cristo, primogénito de la humanidad, se ve iluminado el misterio del dolor y de la muerte. De tal manera es así que muchos santos se han acercado a ella con el afectuoso nombre de "hermana muerte".

La vida de un cristiano está marcada por el amor y todas sus acciones, en su corta o larga vida, han de ir encaminadas a conseguir que nuestro último suspiro sea un acto de caridad perfecta. El hombre es lo más refractario a la soledad. Viene y nace del encuentro amoroso y alcanza su madurez en el encuentro y la donación generosa al otro. Sin embargo, parece que aparentemente estamos destinados a la soledad suprema de la muerte. Nadie más sólo que en su muerte. Y nada nos va dejando más solos que la muerte de los que amamos, de los que se nos mueren. Por eso *amor y muerte* son hermanos que llevan al hombre a la "otra orilla". ¿Es nuestro final otra de las tantas contradicciones que se dan en el misterio del ser humano? Pues a la luz de la muerte de Cristo sí lo es, porque morir por el amor de otro es recuperarse y recobrase cuando ese "Otro" es eterno, cuando se trata del "Señor de la vida". "No hay mayor amor que aquél que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13). Nuestra vida cristiana es, desde el Bautismo, una donación amorosa a Aquél que "es amor"; cada día que va pasando nos vamos "sepultando" en Él. Si con Él morimos, también resucitaremos con Él. Luego, sembrando amor a Dios y amor a los hermanos nos metemos por amor en el Misterio Pascual, que es explosión de vida eterna. ¿Qué razón tenía S. Juan Crisóstomo cuando

¹⁰ M. BORDONI, *Problemi e orientamenti pastorali sul tema del cristiano nella morte*, Rivista del Clero Italiano 11 (1980) 839.

¹¹ JUAN PABLO II, *Homilía* 16-II-1981.

afirmaba que "desde la venida de Cristo la muerte no es más que un sueño"!¹² Porque el cristiano sabe que "el amor es más fuerte que la muerte" (Cant 8,6). Y el amor desde Jesucristo se ha convertido en la "muerte muerta". Así lo entendió Pablo VI, que en su testamento escribió:

"Por eso, ante la muerte, total y definitiva separación de la vida presente, siento el deber de celebrar el don, la suerte, la belleza, el destino de esta existencia fugaz: Señor, te doy gracias por haberme llamado a la vida, y aún más porque, haciéndome cristiano, me has regenerado y destinado a la plenitud de la vida... Siento que la Iglesia me rodea: oh santa Iglesia, una y católica y apostólica, recibe con mi saludo de bendición mi acto supremo de amor" (nº1).

A MODO DE CONCLUSIÓN DE ESTAS CONFERENCIAS CUARESMALES.

Finalizamos estas cuatro conferencias cuyo hilo conductor ha sido el amor que hace a los cristianos "centinelas" en medio de la noche de la cultura del vacío, de la muerte y del desamor, pero algunos pueden preguntarse: ¿Cómo alcanzar esta sabiduría del amor? Simplemente responderé con una carta que Sto. Tomás de Aquino escribió hace siete siglos y que iba dirigida a uno de sus discípulos:

"Querido Teófilo: me preguntaste qué has de hacer para encontrar el tesoro de la sabiduría. He aquí mis consejos: no te lances directamente al mar, acude a él por los ríos. Es decir, comienza por lo sencillo, que ya llegará lo complicado. Procura pensar lo que dices, y hablar lo justo y necesario. Si puedes, evita las tertulias en las que se habla demasiado. Deja a un lado los cotilleos que sólo producen menosprecio y distracción. Que en tu conciencia no haya dobleces. Sé constante en la oración. Enamórate del recogimiento y silencio interior para encontrar la luz profunda con la que entender. Que tu trato sea siempre correcto y amable. No condenes ni juzgues interiormente a nadie. Infórmate de lo que sucede en el mundo, pero no seas mundano. Trázate objetivos claros, evitando toda dispersión. Sigue las mejores huellas marcadas por tus mayores. Archiva en tu memoria y guarda en tu corazón todo lo bueno y constructivo que escuches o veas, venga de donde venga. Esfuérzate por entender todo, disipando las dudas que te surjan. Llénate de contenidos como quien va llenando un vaso: poco a poco. Mide tus fuerzas y no pretendas alcanzar lo no puedes. Si haces todo esto, mientras vivas, serás como una cepa cargada de racimos. Además, conseguirás lo que te propongas. Cuídate."

+ *Juan del Río Martín*
Obispo de Asidonia-Jerez

¹² S. JUAN CRISÓSTOMO, *Catena Aurea*, vol II, p. 33.